

HISTORIA MEXICANA

Historia Mexicana

ISSN: 0185-0172

histomex@colmex.mx

El Colegio de México, A.C.

México

Mazín, Oscar

Reseña "Historia medieval de la Península Ibérica" de Adeline Rucquois
Historia Mexicana, vol. LII, núm. 1, julio- septiembre, 2002, pp. 278-282

El Colegio de México, A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=60052110>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

autora, el caso de Gregorio López es una muestra más del papel estratégico desempeñado por los intelectuales novohispanos, debido a su capacidad para integrar lo local dentro de un vasto esquema imperial. A través de la creación y diseminación de imágenes e ideas, la élite letrada contribuiría no sólo a su propia identificación con la estructura imperial, sino también propondría al resto de la población su integración en dicha estructura.

Por su amplitud de miras y exhaustivo análisis, el libro de Magdalena Chocano está destinado a convertirse en referencia obligada para todo aquel que se acerque a estudiar la vida intelectual de la Nueva España.

Alejandro CAÑEQUE
New York University

Adeline Rucquoi: *Historia medieval de la Península Ibérica*. Traducción de Adeline Rucquoi y Miriam González-Urriza. México: El Colegio de Michoacán, 2000, 367 pp. ISBN 970-679-0403

El momento en el que surge esta síntesis de la historia de la península Ibérica medieval es sumamente importante. La historiografía en México empezó a abrirse a los horizontes de la antigua “monarquía española” de la que formó parte, y a los ámbitos del mundo hispánico en el que sigue estando inserta. Asimismo, la historia comparativa es un enfoque que gana cada vez más adeptos. No sólo resulta esencial comparar las realidades históricas de México con sus análogas en el resto de Iberoamérica y en la península europea, es también imprescindible calar más hondo en los procesos conformadores del mundo hispánico y dejar de verlos como meros “antecedentes” medievales que a veces se nos imponen a los historiadores como hueca obligación, como fórmula de recetario o como rito persignatorio con el cual “cumplimos” para después no volver más a ocuparnos de esos “antecedentes”. Otro desafío sobre el que insistiré más adelante es el que nos impone asumir la “Edad Media ibérica” en continuidad con las realidades de la naciente Nueva España.

La empresa de Adeline Rucquoi fue sumamente ardua en la elaboración de la presente obra, ahora traducida al español por Miriam González-Urriza. En primer lugar porque se trata de una

apretada y muy densa síntesis de los once siglos que transcurrieron entre los visigodos y el advenimiento de Carlos I de España, el famoso Carlos V. Pero también porque se trata de una síntesis que efectúa un replanteamiento multifacético de los procesos en ella descritos. Su cara primordial es la del Mediterráneo. Adeline Rucquoi nos enseña que fue éste el que constituyó el verdadero centro del mundo, y no ya el norte de Europa, latitud desde la cual las realidades ibéricas se ven como marginales, periféricas. Este perfil del replanteamiento es tanto más importante cuanto que la imagen que la mayoría de nosotros tiene sobre la Edad Media es la que emerge de la historiografía francesa o anglosajona, que suele llevarnos, sin más, a aplicar a la Nueva España conceptos que poco o nada tienen que ver con las realidades hispánicas. El otro enfoque del replanteamiento es aquel que estructura la obra en torno a los polos de diversidad y unidad característicos del medievo ibérico. A todo lo largo, la autora da cuenta de la complejidad diferenciadora de los distintos dominios peninsulares; desde las peculiaridades de la Hispania visigótica hasta el califato de Córdoba y el reino de Oviedo-León, para luego explicar la evolución de los reinos de Portugal, Castilla, Navarra, Aragón y Granada. De esta diversidad resulta por cierto simbólica la portada de la presente edición, que representa a los reyes de Castilla y de Aragón en ocasión de la firma de un tratado de límites, el de Cazorla de 1179, entre sus reinos respectivos. Pero también da cuenta esta obra de los rasgos comunes a esas sociedades: la guerra como empresa colectiva, los problemas asociados al surgimiento de diversas formas de poder, la organización de los espacios geográficos en torno a las ciudades, las distintas expresiones de la movilidad social, las modalidades de la extendida nobleza hispánica y, en fin, las mentalidades que identificaron al español con el cristiano.

Una lectura posible del libro de Adeline Rucquoi es la que hace de ella un instrumento que nos permite enfocar las realidades del primer siglo de la Nueva España. Una no fácil empresa, esta última, en la medida en que al principio no sabemos qué comparar y ni siquiera qué juxtaponer, cómo seleccionar ejemplos que resulten esclarecedores. Sólo he podido dejarme llevar por un sexto sentido de afinidad entre las sociedades ibéricas y las nuestras hispánicas de este lado del Atlántico. Pero también por el diálogo con la autora, compañera en el esfuerzo consistente en hacer dialogar los procesos históricos en ambos litorales. Sólo quisiera, si se me permite, presentar algunos ejemplos.

Esta *Historia medieval de la Península Ibérica* nos muestra cómo la reconquista, empresa colectiva que adquirió proporciones de verdadera cruzada, propició el desplazamiento continuo de las sociedades. Es decir que la guerra fue inseparable del poblamiento y el repoblamiento de los territorios. La movilidad que la guerra imprimió a las sociedades hispánicas tuvo por corolario rasgos que dificultaron la feudalización característica de las latitudes septentrionales de Europa. Pero también la movilidad resulta clave para entender por qué el campo obedeció a la lógica impuesta por la organización de las comunidades a medida que las “cartas puebla” les iban confiriendo la forma jurídica y la legitimidad heredadas de la antigua tradición urbana mediterránea.

Son las ciudades, en el libro de Rucquoï, las articuladoras del espacio. Su herencia grecorromana nos asombra por su hondura, por su continuidad, pero también por el papel desempeñado por la Iglesia. De hecho vemos que durante la antigüedad tardía el primer acto jurídico de la restauración urbana fue restaurar las sedes episcopales, sobre todo en Al-Andalus, en la antigua Bética. Son finalmente, las ciudades, los ejes de la expansión marítima y comercial.

Las sociedades que se nos describen en este libro son a la vez tan diversas entre sí en lengua, religión y cultura, como coexistentes. Les caracterizó una honda sensibilidad por el saber y por la elaboración de un conocimiento pragmático empeñado en la confección de instrumentos que hicieran posible la coexistencia. Pero también heredaban la honda vocación de la antigüedad grecorromana por el saber y la enseñanza, según la cual nunca estuvieron ausentes las influencias de Jerusalén o de Bizancio. Fueron los saberes asociados a las lenguas los que suscitaron quizás mayor curiosidad. Ninguna actividad en este ámbito parece haber superado a la traducción, que transmitió al occidente europeo el bagaje teológico, jurídico y médico de la antigüedad. La vocación hispana por el saber se refleja también en estas páginas a través de la inquietud por las herejías y por el gusto y el hábito de las disputas y las controversias teológicas.

En la España medieval se gestó una vigorosa alianza entre saber y poder. La obra de Adeline Rucquoï nos dice que, consecuentes con la frase de san Isidoro según la cual “la ignorancia es madre de todos los errores”, los reyes hispánicos, defensores de la fe, fincaron su poder en el derecho escrito de cuño romano. Fundaron y protegieron a las universidades y se rodearon de letrados para impartir la justicia, ejercer el gobierno y regir la

administración. No se explica de otra manera la precoz organización política de Castilla y Portugal, ni el surgimiento de los cuerpos e instrumentos que consolidarían los futuros virreinatos americanos. El libro también nos enseña que a lo largo de la Edad Media los reyes de la península ibérica, a diferencia de sus homólogos en el norte de Europa, nunca concibieron su poder en términos de un arraigo territorial que lograra unir indisolublemente una dinastía a su territorio. El poder de los soberanos hispánicos les venía ante todo del cumplimiento de una misión divina. Ante esa realidad, los factores de disociación y de disgregación del conjunto hispánico no hicieron sino acentuarse. Por eso Rucquoi nos presenta a los reyes católicos como el único vínculo de unión entre reinos completamente distintos. Ese vínculo constituyó la principal base jurídica en la configuración de lo que sería la “corona de España”, ese conjunto disperso de hilos distendidos a escala mundial del cual formaron parte las Indias de Castilla.

La diversidad cultural en una península en que coexisten tres religiones acentuó el sentido del “otro”, la percepción de diferencias que llevó a admitir la conservación de numerosas estructuras políticas, administrativas, religiosas y jurídicas a cambio del pago de un tributo. No obstante, también vemos aparecer en estas páginas el tema de la fusión mediante la adopción de trajes, de lengua y a veces incluso de religión. Se exalta el sentido del atuendo, de lo visualmente diferente, sobre todo entre los cristianos del siglo X, reacios a la plena “arabización”. Vemos en cambio a los judíos adoptar rápidamente la lengua y las costumbres de los musulmanes.

Del libro de Adeline Rucquoi se desprenden al menos cinco ejes o temas característicos de las sociedades hispánicas: primero, una intensa movilidad de esas sociedades en el espacio; segundo, la impronta definitiva de las ciudades; tercero, una honda vocación por el saber y la enseñanza; cuarto, una alianza entre saber y poder político, y quinto, una aguda sensibilidad ante el “otro”, ya fuese judío, musulmán o francés, el extranjero por an-tonomásia. Me parece que estos ejes poseen la suficiente capacidad articuladora para emprender una relectura de las realidades de la naciente Nueva España, aunque a condición de no seguir ateniéndonos a la estéril consigna de cumplir con los “obligados” antecedentes. La lectura de este libro me ha convencido aún más de la ingente tarea que aguarda a la historiografía mexicana e hispanoamericana en general: la de construir nuestra propia “Edad

Media”, sobre todo porque algunas realidades peninsulares habrán seguido una evolución distinta y en todo caso insospechada en este lado del Atlántico. Me parece que esa construcción requiere, ante todo, una actitud de apertura que trascienda la connotación restrictiva que impone la “medianía” a lo que llamamos “Edad Media”. Esto sólo será posible mediante un esfuerzo crítico que, apoyado en el saber historiográfico ya consolidado, construya preguntas frente a un pasado “medieval” que es preciso conocer. Sin esas preguntas difícilmente llegaremos a apropiarnos la Edad Media hispánica que es, por derecho propio, tan nuestra como nuestra lengua materna.

Óscar MAZÍN
El Colegio de México

Erika PANI: *Para mexicanizar el segundo imperio. El imaginario político de los imperialistas*. México: El Colegio de México-Instituto Mora, 2001, 444 pp. ISBN 968-12-0892-7

Esta obra, fruto de estudios doctorales en el Colegio de México, es una historia-tesis de la manera más expresa. Desde el título mismo, la autora nos sugiere que el imperio de Maximiliano de Habsburgo en México debe entenderse como una experiencia política netamente nacional, no como una aventura de extranjeros voraces ni de mexicanos marginados o traidores. La lógica y la disciplina empleadas por Pani en la realización de este argumento son claras y de golpe certero. Comienza su análisis a mediados del siglo XIX para mostrar cómo, desde entonces, había una convergencia de preocupaciones y reflexiones que caracterizaban a la clase política en su búsqueda de parámetros políticos adecuados para la construcción del Estado mexicano. El temor al pueblo, el deseo del orden y la convicción de que se debía encauzar el progreso a partir de obras materiales relevantes, así como la disposición de recortar la democracia en persecución de tales fines, unían en el fondo a actores políticos distanciados por cuestiones de ideología expresa y de partido. La autora coloca su análisis precisamente en este nivel previo del “imaginario político” para lograr su propósito de mostrar a los mexicanos “imperialistas” en el centro del espectro político nacional, no en sus márgenes.